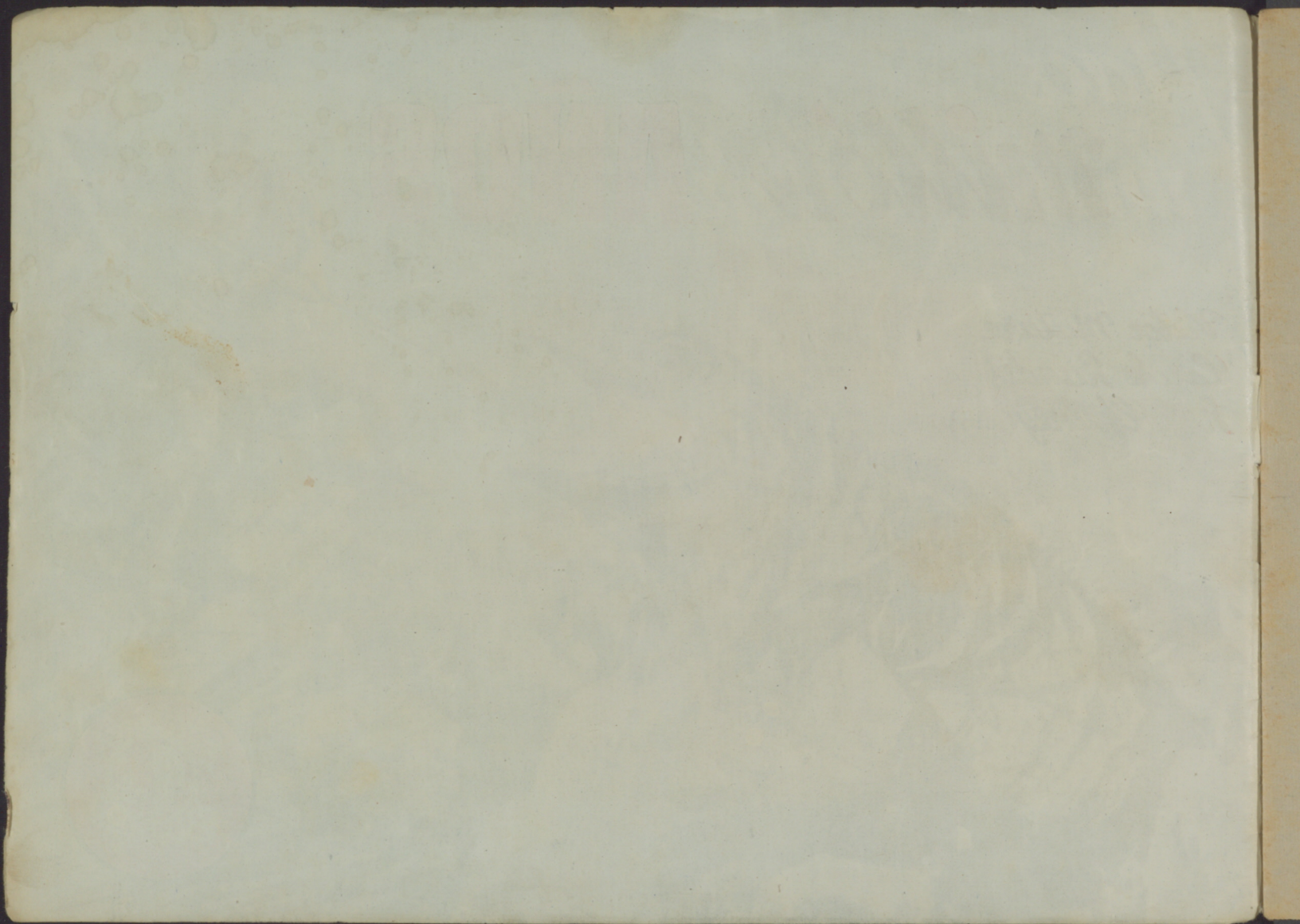


Hace un millón de AÑOS

Victor Mature
Carole Landis
Ron Chaney (Hijo)





Hace un millón de años

Grandioso espectáculo cinematográfico

Gigantescos monstruos en lucha contra el hombre primitivo

Producción

HAL ROACH

para

UNITED ARTISTS

Distribución

CIFESA

Principales intérpretes: VICTOR MATURE - CAROLE LANDIS - LON CHANEY, Jr.

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

HACE UN MILLON DE AÑOS

SINTESIS DEL ARGUMENTO

I

El primer trueno retumbó por las laderas de las pétreas montañas, arrancando ecos, y como si hubiera sido una señal, inmediatamente después de él se desplomaron sobre la tierra incesantes exhalaciones eléctricas, acompañadas por el constante rugir de la tormenta. Los excursionistas, cegados y completamente empapados por la lluvia, prosiguieron su ascensión con la esperanza de hallar algún refugio entre las rocas.

Por último, el joven que servía de guía apartó unos helechos y descubrió una cueva. Avisó su descubrimiento al resto de los excursionistas y pocos momentos más tarde se quitaban los mojados abrigos y respiraban tranquilos. El lugar era seguro y quedaban a salvo.

El guía recorrió la caverna, lleno de curiosidad ante su extraña conformación y, apartando unas hierbas que pendían de la roca, advirtió que su refugio comunicaba con otro más amplio. Siguió su investigación hasta que un raro resplandor, que provenía de una antorcha, le permitió comprobar que no estaba solo.

En efecto, un hombre joven, con una gran barba sombreándole el rostro, le contemplaba y amablemente le dirigió la palabra, explicándole la causa de su presencia en

aquel lugar. Era un sabio entregado al estudio de la prehistoria, que había logrado descifrar las pinturas rupestres que aparecían en las paredes de la cueva.

Al saber el guía que aquellas rocas habían servido de habitación a los primeros habitantes de la Tierra, pidió permiso al sabio para llamar a sus compañeros. En cuanto todos estuvieron reunidos, el investigador acercó la antorcha a las pinturas, iluminando una mano toscamente esculpida en la piedra y otros símbolos incomprensibles.

Ante las instancias y el indudable interés de los excursionistas, despertado por sus casi enigmáticas palabras, cedió y comenzó a relatar la historia contenida en los símbolos, las hazañas de la Tribu de las Rocas y de la Tribu de las Conchas, que es la siguiente:

Hace un millón de años, en la edad de los animales prehistóricos y de las grandes convulsiones geológicas, aquellas montañas servían de morada a la Tribu de las Rocas, tribu de cazadores, que desconocía la piedad y la compasión y cuya única ley era la del más fuerte. El jefe de la tribu era Akhoba, y Tumak, su hijo, era el cazador más destacado de la misma.

Cierto día, los cazadores seguían las cresterías de las montañas y observaban los ásperos y arenosos valles que se extendían a sus pies con los ojos alerta, esperando des-

cubrir una presa que sirviera para aplacar su inagotable hambre. De repente, Tumak lanzó un gruñido y golpeó la espalda de su padre: en una parte más baja, corría un jabalí prehistórico. A una orden del jefe, el joven saltó sobre él, sin otras armas que un palo y sus fuertes brazos.

Mientras Tumak sostuvo su lucha con el jabalí, un anciano, que entusiasmado se aproximó al borde del precipicio, resbaló y cayó al fondo, sin que sus compañeros le prestaran atención. Mucho más les interesaba la bestia, que el cazador remató de un fuerte palo.

Con el jabalí en brazos, y sin lanzar una mirada de compasión al desgraciado, treparon hasta su cueva por una escarpada pendiente, que la alejaba de los monstruos antediluvianos. La esposa de Akhoba se encargó de asar a la presa, bajo las ávidas ojeadas y los gruñidos famélicos de los componentes de la tribu. Una vez hubo concluido su tarea, se alejó con temor del alcance de su marido, quien cortó gruesos pedazos para sus perros y para él y lo mismo hicieron los demás, según el rango que su vigor les hubiera concedido, huyendo con la carne a los más apartados rincones y comiendo como fieras.

Akhoba concluyó su parte y miró en torno suyo, buscando otro pedazo que satisficiera su hambre. Se dirigió hacia Tumak y le arrebató su porción. Enfurecido el joven cogió su palo y le atacó, pero su padre le hizo frente, y sin hacer caso de las súplicas de su mujer, lucharon y, por último, su hijo, tras de un enorme golpe, se desplomó al suelo para ser lanzado por un precipicio.

Durante un buen rato Tumak permaneció sin sentido, pues tanto el golpe como la caída le habían maltrecho. Además, meditó que en adelante tendría que estar solo hasta que tuviera fuerzas para combatir a Akhoba y arrebatarle la jefatura.

Medio se incorporó con trabajo y este simple gesto atrajo la atención de un mamut que vagaba por las cercanías. Su estridente resoplido de ira puso en pie de un salto a Tumak, haciéndole olvidar todos sus males para buscar rápidamente su salvación. Agilmente corrió por entre las rocas perseguido por el coloso y, ya estaba a punto de darse por vencido, cuando en las cercanías de un abismo, por donde corría un caudaloso río, divisó un enorme árbol. En un abrir y cerrar de ojos trepó por sus ramas, pero pronto se dió cuenta de que nada era el árbol para el irritado animal, pues embistiéndole con su poderosa cabeza lo zarrandeó y logró arrancarlo de cuajo, empujándolo hacia el abismo.

Tumak lanzó un grito de angustia al hundirse en las aguas y con un supremo esfuerzo se subió al árbol, tras de lo cual perdió el sentido.

II

La corriente del río transportó el tronco con su carga hacia las tierras bajas y fértiles de la llanura, en donde la Tribu de las Conchas tenía su residencia, atravesando peligrosos parajes en donde pululaban los viscosos y tremendos animales de las selvas y en donde raras humaredas y nieblas, acompañadas de estremecimientos, anunciaban que la Tierra continuaba impasible su transformación.

Loana, una hermosa y joven componente de la Tribu de las Conchas, se hallaba pescando en las márgenes del río, no muy alejada de su pueblo, cuando por un afortunado azar el tronco varó delante de ella. Su primer movimiento fué de huida, pero, así que lo hubo dominado, contempló admirada el fuerte y bello cuerpo de Tumak, tan distinto por su

constitución de sus parientes y amigos. Sabía que era de la Tribu de las Rocas y, conociendo su ferocidad, le costó trabajo llevarse a la boca una caracola para pedir ayuda. Pero la bondad se impuso y sopló por ella.

El centinela de la cueva repitió el aviso de Loana y pronto un grupo de hombres acudió en su ayuda y regresaron cargados con el cuerpo exánime de Tumak. Cuando éste recobró el sentido, observó cómo en aquella tribu se realizaba el reparto de la comida de un modo muy diferente a como se hacía en la suya, de modo muy equitativo y ordenado, sin que ninguno hiciera uso de la fuerza, sin que los peores bocados fueran reservados para las mujeres y los niños. Lo cual no impidió que al llevarle Loana alimento se lo arrebatara apresuradamente y lo devorara como una bestia dañina.

La Tribu de las Conchas le acogió cariñosamente y le cuidó hasta verlo casi sano; pero él continuó siendo rudo y arisco y teniendo una gran dificultad en comprender las dulces costumbres y los afectos que reinaban en ella.

Así se negó a sentarse entre ellos, a trabajar con ellos y únicamente, gracias a la influencia de Loana, logró mostrarse más confiado. La muchacha le acompañaba siempre y más de una vez impidió que Tumak les abandonara. Ohtao, un joven cazador enamorado de Loana, sintió celos del interés de la joven y pronto la situación se hizo más tensa al desear Tumak poseer una punta de lanza de piedra, mucho más eficaz que los simples garrotes de su tribu, como se demostró en cierta ocasión, y a cuya construcción estaba entregado Ohtao.

Cierto día, Tumak salió de la cueva vestido como los individuos de la acogedora tribu y vió que unos niños se esforzaban en vano en coger los frutos de un árbol. Se

subió en él y lo sacudió vigorosamente hasta que el suelo estuvo lleno de frutas. Y lo más raro fué que, al reírse los demás, descubrió que él también era capaz de hacerlo y muy contento fué a comunicarlo a Loana, que estaba pescando.

Tumak observó sus hábiles movimientos y al querer pescar a su vez se percató de que era tan torpe como un niño. Sintióse irritado y agitó enfurecido las aguas, lo cual impidió que oyera la señal de alarma.

La tribu y Loana, a la que tuvo que arrancar Ohtao del lado del obstinado y furioso pescador, se refugiaron en la cueva, huyendo de las embestidas de un horroroso iguanodonte, que andaba a saltos sobre sus patas traseras. Poco después advirtieron con espanto que una niña se había quedado subida en un árbol y que hacia ella se encaminaba el monstruo.

Cuando Ohtao convenció a Tumak del peligro y corrieron hacia la cueva, el iguanodonte sacudía el árbol. La sangre de guerrero y cazador que Tumak llevaba en las venas, así como una desconocida generosidad, se despertó y, antes de que se lo impidiera, arrancó la lanza de las manos de Ohtao y se lanzó contra el monstruo.

Con el aguzado pedernal hirió repetidamente el pecho del animal, esquivando sus acometidas, en medio de la admiración de los pescadores. Por último, el animal se desplomó sin vida. La niña estaba a salvo y todos felicitaron al valeroso cazador que reventaba de orgullo ante tanta admiración y principalmente por las caricias de Loana. Y ésta tuvo que convencerle de que debía devolver la lanza a su verdadero dueño.

Pero si aparentemente, aunque mal de su grado, Tumak la obedeció, no entraba en sus propósitos quedarse sin un tan maravilloso instrumento de lucha, con el que lograría

ser jefe en la Tribu de las Rocas. Por consiguiente, aquella misma noche, cuando todos dormían, se levantó con sigilo y robó a Ohtao no sólo la lanza, pero también un hacha de pequeño tamaño. Despertó el robado e intentó recuperar sus armas, pero Tumak le rechazó con facilidad. Creció la disputa y, finalmente, el cazador derribó a Othao sin sentido de un palo en el pecho.

Pero la lucha había desvelado a los durmientes y, al ver los resultados de la misma, el padre de Loana señaló imperativamente la boca de la cueva, dándole a entender que quedaba expulsado. Loana intentó obligarle a que devolviera las armas, pero el joven se marchó decidido, sin hacerle caso, internándose en la selva. Loana dudó un segundo entre quedarse en su tribu o seguir al hombre que su corazón amaba, determinándose por esto último.

III

Cuando alcanzó a Tumak, éste la rechazó malhumorado todavía por la acusación de su conciencia y también porque no estaba dispuesto a exponer a la joven a los riesgos de su viaje hacia la Tribu de las Rocas. Pero la joven no cejó, sabiendo que el cazador estaba enamorado de ella, y su constancia fué premiada con la aceptación, en cuanto surgió el primer peligro, pues un enorme reptil intentó cortarles el paso y con el corazón palpitante lograron esquivarlo. A partir de este momento Tumak llevó a su amada de la mano. Poco más tarde, la lucha entre un enorme oso y una gigantesca serpiente les separó y así, gracias a la angustia de su corazón, comprendieron que ambos habían nacido para vivir juntos. Finalmente, el ataque de un enorme

armadillo les hizo encaramarse en la copa de un árbol y allí descansaron seguros el resto de la noche.

Al día siguiente, llegaron a la árida región de las rocas. Tumak avanzaba con los músculos en tensión, dando a entender a Loana que no debía separarse de él. De pronto la obligó a correr hacia una grieta y entrar en ella. Un colosal reptil les había descubierto y se precipitaba contra ellos, decidido a devorarlos, cosa que no faltó mucho para que lo consiguiera, ya que estaba introduciendo una de sus patas en la grieta, cuando de un lago cercano salió un ictiosauro y lo acometió.

El combate entre ambos animales fué homérico. Varias veces estuvieron cercanos a aplastar a la pareja; la tierra se estremecía, levantaban nubes de polvo en sus convulsiones, y sus resoplidos y alaridos se oían a gran distancia. Al quedar vencedor el ictiosauro, Tumak ordenó a Loana que se dirigiera rápidamente hacia las montañas cercanas, mientras él se disponía a vigilar al animal agonizante.

Loana obedeció la indicación de Tumak y corrió hacia las rocas. Shakana, que había sucedido al padre de Tumak, en la jefatura, al quedar éste inútil en un accidente de caza, se encaminaba con tres hombres más hacia el lugar en que sonaban los alaridos de las bestias, pero al descubrir la esbelta figurilla de Loana, volando sobre las rocas, cambió inesperadamente de propósito y dió comienzo a su persecución, decidido a apoderarse de ella.

La joven logró esquivarles durante un rato, pero la mayor agilidad de los cazadores, habituados a la aspereza del terreno, acortó la distancia velozmente. Considerándose perdida se escondió en una madriguera y en ella la capturó Skakana, riéndose de sus esfuerzos por libertarse. Horrorizada Loana de su feroz aspecto y temiendo lo peor, se

acordó de la caracola, que pendía de su cuello, y la hizo sonar.

El débil sonido alarmó a Tumak; en menos tiempo del que se tarda en referirlo, llegó ante los cazadores y arrancó de sus manos a su amada. Skakana enarboló sobre él su garrote y Tumak, sin amilanarse, le hizo frente. El combate fué breve; Skakana era muy fuerte, pero menos inteligente que su enemigo, el cual, además, iba mejor armado. La lanza se clavó en su pecho y cuando intentó levantarse, un fuerte garrotazo remató la destructora obra, con lo cual quedó patente la superioridad del joven.

* * *

Una vez llegaron a la cueva de las rocas, sus habitantes enmudecieron de asombro al verse frente a Tumak y una desconocida, a la que los hombres parecían respetar. Akhoba retrocedió hacia la cueva arrastrándose por el suelo, seguro de que había llegado su última hora, mas Loana, que en vano intentó en un principio captarse las simpatías de la tribu, impidió que Tumak realizara sus ideas de venganza.

Mal de su grado, las mujeres tuvieron que aceptar sus caricias, pues, una de ellas que se negó a hacerlo, fué enviada contra el suelo por el fuerte brazo de Tumak. La desconocida les atraía, pero al mismo tiempo, sorprendiéndoles con su dulzura, hacía nacer en ellos la desconfianza.

Sin embargo, así que Loana presenció cómo se verificaba el reparto de la comida, que en realidad era el robo basado en la fuerza, hizo intervenir a Tumak, que restableció el orden en un momento, y los manjares fueron entregados en primer lugar a las mujeres ancianas, a las jóvenes y a los niños, después a Akhoba, a quien obligó a sentarse en su

lugar acostumbrado, y por último a los hombres, los cuales se precipitaron como fieras sobre los restos y fueron rechazados hasta que optaron por la tranquilidad.

En las cortas inteligencias de los cazadores y de sus familias empezó a brillar una débil lucecilla de comprensión, que fué acrecentada por Loana al desprenderse de sus collares de conchas y entregarlos a las demás hembras.

IV

Poco a poco, la inteligencia de Loana y su bondad se fueron imponiendo, apoyada en el prestigio de Tumak, y la vida de la Tribu de las Rocas sufrió un gran cambio, que culminó en el momento en que la joven les hizo conocer la agricultura y sus consiguientes ventajas. Bien alimentados, bien armados y con nuevas pieles sobre su cuerpo, ofrecían un aspecto que contrastaba con su estado anterior, perdiendo su antigua rudeza.

Llegó, pues, el día en que Loana y Tumak gozaron de un merecido descanso. Akhoba, con su restituída jefatura y más sereno en su modo de ser, gobernaba pacíficamente, con gran contento de todos.

Pero, cuando todos estaban muy lejos de pensar en ello, ocurrió un suceso que sembró el terror y sumió en el hambre y la desgracia a la Tribu de las Rocas. Un volcán cercano a ella entró en erupción y, si al pronto nadie prestó atención a los estallidos de su cráter y a los avisos de Akhoba y de Loana, no tardaron en arrepentirse de ello.

Un tremendo temblor de tierra sacudió las montañas y precipitó las rocas a los abismos, hiriendo a los cazadores, mientras que un río de lava bajaba hacia los valles, incen-

diando cuanto hallaba a su paso, destruyendo a los animales, que huían de ella espantados, aniquilando a cuanto se oponía a su empuje.

Tumak corrió en auxilio de su tribu, alejándose de Loana, la cual llegó a tiempo para salvar a un niño de la tribu, cuya madre pereció al querer hacerlo, pero una de sus abarcas se pegó a la lava y éste fué el único indicio que quedó de Loana.

Akhoba y Tumak hicieron milagros para desviar el peligro de los suyos y, cuando llegó la calma, pudieron contar las víctimas y los desaparecidos. ¡Faltaba Loana! Todo había cambiado con la convulsión geológica, impidiéndoles reconocer los panoramas habituales.

Tumak, loco de dolor, buscó a Loana entre las rocas y cerca de la ardiente lava, en donde la había dejado, llamándola incesantemente. Así descubrió la abarca de la joven, tan próxima al río de fuego que no le quedó ninguna duda de que su amada había desaparecido para siempre. Se reunió con su tribu a la que comunicó el resultado de sus pesquisas...

Súbitamente, el corazón de Tumak dejó de latir de alegría. En unas rocas no lejanas a ellos sonaba una caracola como la empleada por la tribu de pescadores. Y cuando todos creyeron que era Loana, se destacó de las sombras la figura de un hombre armado, como ellos, con una lanza. ¡Era Ohtao! Con dificultad, puesto que su lenguaje era muy rudimentario para relatar ciertas cosas, explicó la causa de su inesperada aparición, ayudado por Akhoba, cuya experiencia le hacía más inteligente.

Loana y el niño salvado estaban en la Tribu de las Conchas. Un suspiro de alivio se escapó de todas las bocas. Pero no acababa el relato allí, pues tanto Loana y el niño,

como el resto de la tribu, se hallaban en peligro de muerte desde el terremoto, asediados por un enorme dinosaurio, al que contenían con fuego y que les impedía salir en busca de sustento. La situación era, por consiguiente, muy apurada. Y Ohtao iba en busca de auxilio.

Sin una palabra de discusión, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, empuñaron sus armas y caminaron rápidamente hacia el río, impelidos por una fuerza superior, la de la ayuda mutua,

* * *

Los pescadores contenían a duras penas al dinosaurio, el cual introducía la cabeza por la entrada de la cueva. Únicamente una pequeñísima hoguera, en la que echaban cuanto combustible había en su morada, asustaba a la bestia. La situación era insostenible y tanto hombres como mujeres se daban por perdidos.

Al presentarse Tumak y los suyos la hoguera se había apagado. Rápidamente se dirigieron contra el dinosaurio y, esquivando sus golpes y coletazos, clavaron con insistencia sus lanzas de pedernal en su cuerpo. Pronto adivinaron que aquello sólo serviría para retrasar la muerte de todos, puesto que sus armas no podían rasgar la dura piel de la irritada fiera.

No obstante, continuaron batallando con el vano deseo de hacerla retroceder, pero a cada minuto que pasaba aumentaba el peligro. El animal había sacado la cabeza de la cueva y la asestaba contra sus agresores, que acribillaban estérilmente su cabeza.

Akhoba tuvo una idea: gritó a los suyos que se reunieran con él, excepto Tumak, el gran cazador, que tenía que con-

tinuar luchando. Y les explicó su plan, señalando el borde del farallón, al dinosaurio y a la pared de roca. Todos comprendieron y escalaron el abismo con la agilidad de monos.

Pocos minutos más tarde, ponían junto al borde enormes pedazos de roca y gritaban a Tumak que empezara a ejecutar su parte. El joven, sin hacer caso de las protestas de Loana, saltó cerca de la cabeza del dinosaurio y pinchó con la lanza con todas sus fuerzas. Luego esperó a que el dinosaurio le acometiera; así que se puso en movimiento, saltó hacia la pared de roca y repitió la misma operación.

* * *

F I N

En cuanto el dinosaurio le siguió pared arriba, se dirigió Tumak hacia la cumbre, incorporándose a sus compañeros. Entonces un diluvio de rocas rodó sobre el dinosaurio, machacándole, hiriéndole y sepultándole para siempre.

De esta manera volvió la tranquilidad para todos y unió a ambas tribus eternamente, dando principio a los más humanitarios sentimientos, mientras que Tumak y Loana, cuyo amor se había vigorizado con la separación y el infortunio, recogían a un niño huérfano, simbolizando los destinos futuros de los primitivos pobladores de la tierra.

Números publicados: **El signo del zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la zingara - Hace un millón de años**



...comenzó a relatar la historia contenida en los símbolos.



Tumak sostuvo su lucha con el jabali.



El jefe de la tribu era Akhoba.



Comiendo como fieras.



Akhoba concluyó su parte...



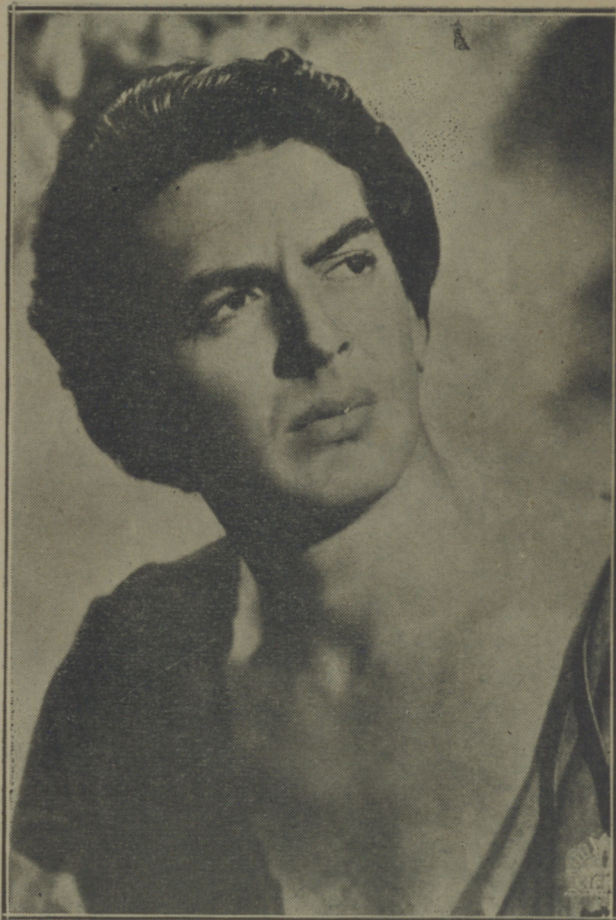
...huyendo con la carne a los más apartados rincones.



Atrajo la atención de un mamut.



Pronto un grupo de hombres acudió en su auxilio...



Cuando Tumak recobró el sentido...



*Loana, una hermosa y joven componente
de la Tribu de las Conchas...*



Se realizaba el reparto de un modo equitativo.



La Tribu de las Conchas le acogió cariñosamente.



Loana estaba pescando.



El padre de Tumak quedó inútil en un accidente de caza.



Un enorme reptil intentó cortarles el paso.



La obligó a correr hacia la grieta.



Las mujeres tuvieron que aceptar sus caricias.



Loang impidió que Tumak realizara sus ideas de venganza.



...después se acercó a Akhoba...



...a quien obligó a sentarse en su lugar acostumbrado.



Loana y Tumak gozaron de un merecido descanso.



...la madre pereció al intentar salvar a su hijo.



Hicieron milagros para desviar el peligro.



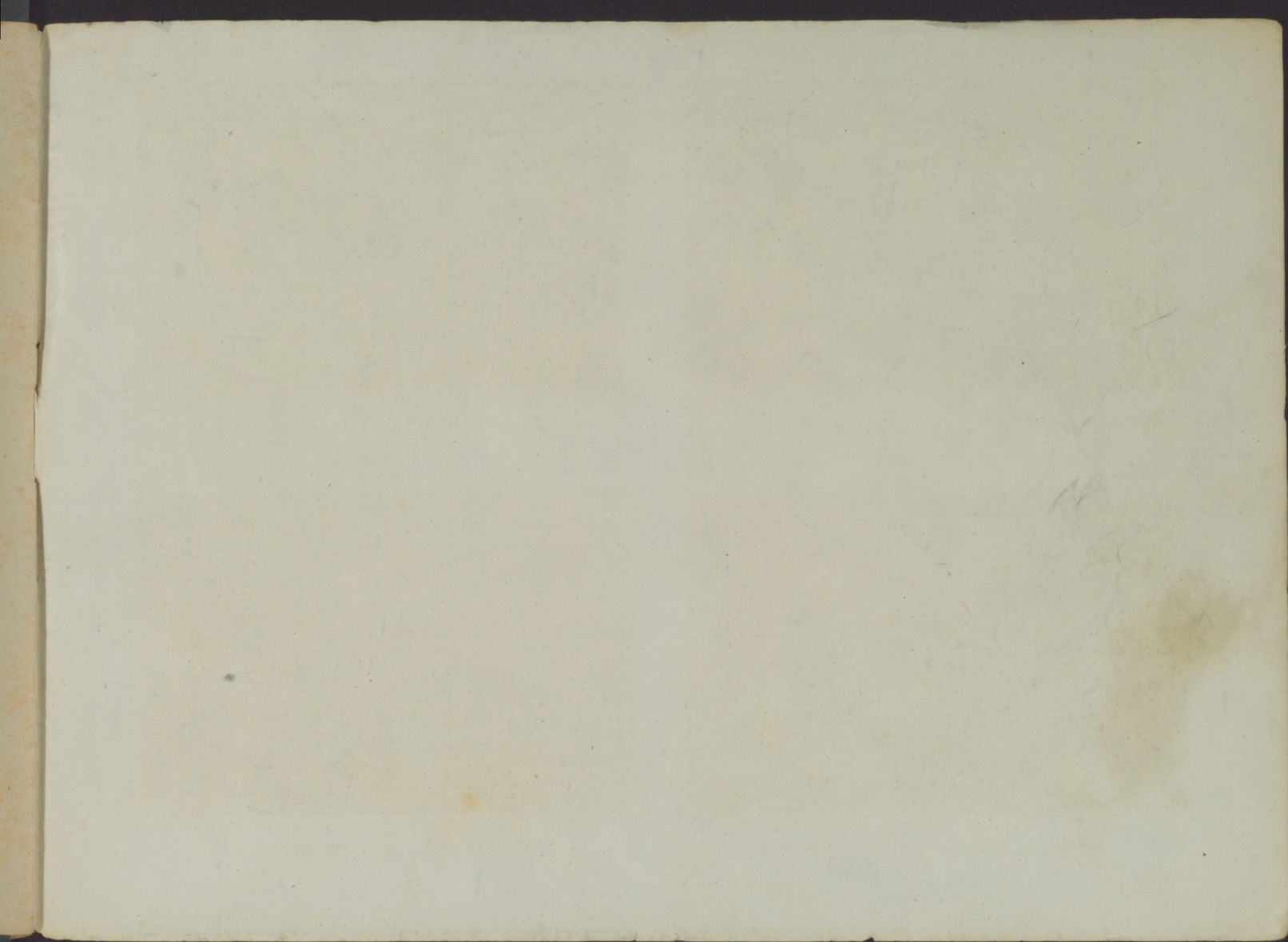
Escalaron el abismo con la agilidad de monos.



Rápidamente se dirigieron contra el dinosaurio.



Saltó cerca de la cabeza del dinosaurio...



E. B.

Talleres Gráficos J. SOLER
Providencia, 60 - Barcelona

Serie
"PELÍCULA GRÁFICA"